

derar como enemigos, los cuales dijeron que no podían formular ningún cargo contra la acusada, y el primero habló del valor que ella mostrara en las jornadas del cinco y seis de Octubre y de la noble resolución de perecer con su esposo antes que fugarse. Cuando á Bailly, al venerable Bailly, que en otro tiempo había profetizado á la Corte los males que se acarrearía con sus imprudencias, se le preguntó si conocía á la mujer de Capeto: «Sí, dijo inclinándose con respeto y dolorosamente afectado, sí, he conocido á esta señora», y afirmó no saber nada, añadiendo que las declaraciones arrancadas al joven príncipe, relativas al viaje de Varennes, eran falsas, lo que le valió de parte del público ultrajes que le revelaron la suerte que le aguardaba.

Sólo hubo en la instrucción dos hechos graves, atestiguados por Latour du-Pin y Valazé, que los declararon por entender que el deber así se lo exigía. Dijo el primero que, siendo ministro de la Guerra, Antonieta le había pedido un estado exacto de todas las armas del ejército; el segundo, que como individuo de la comisión de los Veinticuatro y encargado con sus colegas de examinar los escritos encontrados en casa de Septeuil, tesorero de la lista civil, había visto bonos por diversas sumas suscritos por Antonieta, lo que nada tenía de particular, pero añadió que también había visto una carta en la que el ministro rogaba al Rey trasmitiese á la Reina la copia de un plan de campaña que tenía en su poder. Estos dos hechos, la petición del estado del ejército y la comunicación del plan de campaña, fueron interpretados en el peor sentido, á saber, que se pedían para enviarlos al enemigo, no concibiéndose que una princesa se ocupase por gusto en cosas de administración y en planes militares.

Al conjunto de calumnias contra su vida privada y de imputaciones, infundadas las más, contra su conducta política, opuso la infeliz Antonieta una defensa digna en la forma, pero en la que trató de borrar hasta donde pudo su intervención en el antiguo gobierno, negando todo lo que la comprometía, asegurando no haber hecho más que obedecer á su marido y no haber tenido, desde que estalló la Revolución, correspondencia alguna con el extranjero.

Todo fué en balde. Tinville la declaró convicta, y de nada sirvieron los esfuerzos que hizo el abogado Chauveau-Lagarde para salvarla.

El tribunal redactó para el jurado las siguientes preguntas.

¿Es cierto que María Antonieta ha tomado parte en intrigas conducentes á proveer de socorros á los enemigos exteriores de la república, franquearles la entrada en el territorio y facilitar el paso á sus ejércitos?

¿Es cierto que María Antonieta ha intervenido en una maquinación que tenía por objeto encender la guerra civil?

La respuesta á entrambas preguntas fué afirmativa; la sentencia, condenatoria. Dice Henri Martín que no se conocían entonces los documentos decisivos que hoy poseemos

sobre la correspondencia de la Reina con el Austria, pero que se sabía lo bastante para que no cupiese duda acerca de su existencia; por lo que, concluye aquel historiador, Antonieta tenía la misma culpabilidad de hecho y las mismas excusas morales que su marido. Y sin embargo, preguntamos nosotros ¿por qué su condenación arranca del fondo de nuestra alma una protesta más enérgica aún que la de Luis XVI?—Por dos razones: una, porque era inhumana; otra, por ser innecesaria, más aún, perjudicial. Inhumana, si. Todo lo que Antonieta pudiera haber maquinado contra la Revolución, bien lo había purgado en el terrible calvario que le habían hecho recorrer del Temple á la Conserjería y de la Conserjería al tribunal. Para una mujer nacida en imperial cuna y entronizada á ídolo de la corte más delicada y culta de Europa, acostumbrada á respirar las auras embalsamadas de los jardines, beber el agua cristalina de sus fuentes y saborear los frutos más exquisitos de la tierra, hechos sus ojos á no contemplar más que bellezas, en el cuadro, en la estatua ó en el mueble, y sus oídos á no percibir sino las encantadoras armonías del sonido ó las sublimes armonías del pensamiento, á una mujer en tales términos criada y tratada, hundirla de repente en el lóbrego encierro del Temple ó en la hedionda mazmorra de la Conserjería, sin aire, sin luz, sin limpieza, con una comida que su estómago no podía digerir, con agua que su paladar no podía pasar, lacerados sus oídos por las destempladas y soeces voces de los carceleros, lastimados sus ojos por el sucio y deforme aspecto de los esbirros, separada primero de su hijo, luego de su hija y de su hermana, despojada, en fin, de todo objeto querido cuya contemplación pudiera servirle de algún consuelo, hacer todo esto, era someterla á los tormentos de un verdadero infierno, inflingirla una pena de tal intensidad que sólo el que ha recibido educación y homenaje parecidos puede apreciar. Esto aparte, importa notar que la condenada por el tribunal revolucionario no era la Reina, ni en primer término la mujer; era ante todo la madre, con cuya ejecución se condenaba á la orfandad á dos infelices criaturas: he aquí la causa de la furiosa protesta que subleva en toda conciencia recta aquella sentencia inhumana. El tribunal, y los acusadores, y los testigos, y el público, fueron verdaderos monstruos, que hollaron los sentimientos más íntimos y más santos de la humanidad: el respeto á la madre y la piedad para con un niño.

Fué, además, aquella condenación innecesaria y perjudicial. ¿Qué ventajas podía reportar á la república la muerte de Antonieta? Ninguna. Más podía reportarle, y le reportó en efecto, graves daños, desde luego, el de estrechar y enconar la coalición de las potencias europeas contra Francia. ¡Cuánto más conveniente y humano no hubiera sido el devolver á Antonieta y sus hijos á su familia de Viena, con lo que se habrían suavizado las relaciones entre la corte austriaca y la república francesa!

Pero los republicanos de aquella generación no podían ver esto. Su ídolo, su dulcinea, era la república, una é indivisible; y todo el que conspirase contra esta deidad ó no se pres-

tase á quemarle incienso, debía ser implacablemente sacrificado. El que, por blandura, se opusiese al sacrificio faltaba á su deber. Este era el punto de vista de los revolucionarios, á cuya luz se explica toda su conducta: lo individual sólo vale en cuanto coopera á la realización del ideal social; nada vale, y debe ser destruído, desde el instante en que no le sirve ó le contraría. Vista bajo este criterio, la condenación de Antonieta fue consecuente; el tribunal cumplió con su deber. Por donde se muestra una vez más que el fanatismo, negro, blanco ó rojo, ha dado siempre y en todas partes los mismos amargos frutos.

Antonieta fué llevada otra vez á la Conserjería. Escribió á su cuñada Isabel una carta de despedida, en la que renovaba los sentimientos de perdón y de olvido expresados en el testamento de Luis XVI, y vertía de una manera conmovedora sus últimos dolores de madre. La noche que precedió á su ejecución la pasó tranquila, y tranquila recorrió la mañana del diez y seis de Octubre el trayecto que separaba la Conserjería de la plaza en donde diez meses antes había sucumbido su esposo. La muchedumbre se agolpaba á su paso silenciosa y afectada, viendo trocada en víctima la que ayer era su señora. Antonieta oía con calma las exhortaciones del sacerdote que la acompañaba, y de vez en cuando paseaba una mirada ociosa sobre aquel pueblo que tantas veces había aplaudido su belleza y su gracia, y que ahora miraba con indiferencia cómo la llevaban á la muerte. Cuando llegó al pie del cadalso, columbró las Tullerías y pareció conmovirse; pero al punto se repuso, subió con paso firme la escalera y entregó con valor su cuello al verdugo, el cual levantó la cabeza ensangrentada y la mostró al pueblo, por tratarse de una víctima ilustre.

Los jacobinos no disimularon su regocijo. «Que al punto se comunique la noticia al Austria, exclamaron; los romanos vendían el campo ocupado por Aníbal, nosotros derribamos las cabezas más queridas de los soberanos que han invadido nuestro territorio.» Estas frases no dejan duda acerca de los móviles que determinaron la condenación de la desventurada reina. No sólo este acto, todo el desenvolvimiento de la revolución francesa en lo interior está ligado al curso de los acontecimientos exteriores. Á cada paso que daba la coalición de las potencias europeas contra la República se exaltaba y enardecía en los revolucionarios el sentimiento de la patria, y dominados por este sentimiento, fanatizados, ciegos, enloquecidos, se daban á perseguir á todos aquellos de quienes sospechaban que miraban con buenos ojos el avance del extranjero, ó no ponían de su parte cuanto era menester para rechazarlo.

¡Por qué inesperadas circunstancias se conquista la palma del martirio! Si María Antonieta, puesta en libertad, se hubiese ido á concluir sus días en Austria, su memoria en Francia habría sido profunda y justamente impopular y la opinión la hubiese cargado con la responsabilidad de la pérdida de su marido; su trágica muerte, después de tantos

sufrimientos, ha dignificado y enaltecido su figura asociándola á la leyenda del «Rey mártir.»

No debió transcurrir mucho tiempo entre la muerte de Antonieta y la de su hijo, por más que, respecto de ésta, nada de cierto sabemos acerca de las circunstancias que la acompañaron ni de la fecha en que acaeció. La noche en que Luis fue arrancado del regazo de su madre, se le transportó al mismo cuarto en donde el pobre niño había recibido las últimas caricias y la bendición de su padre. Al abrir los ojos, Luis reconoció temblando la fatal habitación, y se encontró en presencia de Simón, de aquel hombre de cara avinagrada y voz de trueno que los implacables enemigos de su raza le daban por mentor, por educador y por carcelero. Las lágrimas del infeliz niño protestaron contra esta nueva barbarie; pero unas cuantas frases fuertes de Simón, condimentadas con enérgicos votos y dichas con relampagueo de ojos y acento formidable, contuvieron bajo las pupilas el llanto del niño, que acabó por reconciliar el sueño, apacible, como de la inocencia, pero cuyo despertar había de ser muy cruel, faltándole los besos de su madre, á la que no había de volver á ver en este mundo.

Según versión bastante extendida, Simón, imbuído en los principios de la demagogia más exaltada y asiduo lector del *Evangelio* de Rousseau, no se dedicó á inculcar en el alma de su alumno los bellos aforismos de la filosofía del tiempo, no; lejos de esto, se esforzó en hacer del niño, más que un obrero laborioso, un criado sumiso, mejor dicho, un esclavo. Simón, el remendón Simón, se hacía servir por el Delfín de Francia, y saboreaba con fruición beatífica el placer de ver á un niño de la raza de los reyes desempeñar las faenas más íntimas y más repugnantes del servicio de la casa, ¡y de qué casa!, la casa de un mal zapatero. A la menor falta le pegaba, acompañando la acción con blasfemias, juramentos torpes y epítetos infames, dirigidos, con la pipa y el espumarajo en la boca, al infeliz alumno: «Lobezno, hijo de..., ó Luis el *Raquítico*, víbora, serpiente, sapo, etc.» Con el silencio y las lágrimas respondía el pobre niño á este diluvio de ultrajes; lágrimas y silencio que eran con frecuencia motivo de nuevos insultos y nuevos vapuleos. Y cuando el temible preceptor, excitado por la cólera ó el vino, ó por entrambas cosas á la vez, se figuraba que el joven cautivo expresaba, por un gesto, una mirada ó un ligero movimiento de espalda, un sentimiento de desagrado ó de hostilidad, su furor no tenía límites: se abalanzaba sobre el niño, lo cogía por la cintura de los calzones y lo lanzaba haciéndolo rodar por el suelo á diez pasos de distancia, no siendo raro que en el trayecto chocase el niño en un mueble ú otro obstáculo, en el cual caso, su cabeza, su brazo, ó sus piernas quedaban magulladas, la sangre brotaba de sus heridas, y anchas manchas negras constelaban su fina y blanca piel. De otro crimen mayor todavía se acusaba á Simón: de pervertir el corazón de Luis; de envenenar su alma; de arrastrar aquella inteligencia, ayer tan pura, en los antros del vicio más abyecto y de las voluptuosidades más inmún-

das; de iniciar á un niño de diez años en obscenidades repugnantes; de imponerle la mentira y llevar su degradación hasta el punto de trocarle en el acusador de su madre. Matar á un hombre, se comprende, si ese hombre es un príncipe ó un símbolo; pero, á sangre fría, de propósito deliberado, extinguir el sentido moral en un niño, corromperlo, llevarlo por medios infernales á lastimar, perder, infamar á su madre, esto no se ha visto jamás en la historia de ningún pueblo, y raya, por lo monstruoso, en lo inverosímil. Añadíase que Simón era el ejecutor misterioso de bárbaras órdenes que le prescribían hacer perecer á fuego lento el cuerpo de aquel niño y simultáneamente borrar en su conciencia todas las nociones de moral, de religión y de decencia, es decir, despojarle del alma al tiempo que de la vida, y que Simón cumplió este horrible encargo con el diabólico encarnizamiento de un discípulo de Marat, enseñando al joven cautivo canciones obscenas, habituándole á los licores fuertes, que quemán el estómago y embrutece la inteligencia, enseñándole á jurar y mezclar en blasfemias inauditas el nombre del Dios de sus antepasados, los de su padre, de su madre y de su virtuosa tía, con otras enormidades que la pluma se resiste á escribir.

Pero otra versión, no menos difundida que la anterior, nos presenta al zapatero Simón dotado, bajo su corteza revolucionaria, de un alma sensible y de un corazón generoso. Su rudeza, su cólera, sus imprecaciones, sus gritos y los insultantes apóstrofes que tanto prodigaba á su prisionero, eran mera comedia, tenían por objeto ocultar su compasión, su solicitud y sus paternales cuidados á la vigilancia de los comisarios de la Municipalidad, que se relevaban todos los días en el Temple, y entre los cuales se contaba mayor número de sospechosos Brutos que de compasivos samaritanos. El remendón logró salirse con la suya, sacando al príncipe del Temple el mismo día en que él abandonó aquella triste morada, el diez y nueve de Enero de mil setecientos noventa y cuatro. Valióse al efecto de ingeniosa estratagemas. Ocultó, mejor dicho, envolvió al Delfín en piezas sucias de lienzo destinadas á la lavandera; se encargó de llevar el lio su propia mujer, la cual, á la intimación de los carceleros que querían inspeccionarlo, fingióse irritada por la ofensa que se infería á una buena ciudadana, logrando así pasar, con su precioso envoltorio, el umbral de la cárcel. Aquella misma tarde fué entregado el Delfín á los señores de Frotté y de Ojardias, emisarios del príncipe de Condé, los cuales partieron con él al día siguiente para Alemania. Unos días antes de que esto acaeciera, Simón se había hecho traer, para divertir al príncipe, un caballo de madera bastante grande, que encerraba en el vientre, no soldados prestos al degüello y al saqueo como el de Troya, sino un pobre niño idiota, raquítico y sordo-mudo, cuyas facciones tenían algún parecido con las del Delfín. El preceptor ó guardián que reemplazó á Simón y que no conocía ó que apenas había visto al Delfín, no pudo advertir el engaño, y los empleados subalternos de la cárcel, como sabían por Simón que el príncipe llevaba tres meses enfermo, creyeron, sin asomo de duda, cuando volvieron

á ver al *Capeto*, que la enfermedad, al tiempo que había destruido su cuerpo, débil y encorvado, le había quitado también el habla.

De estas dos versiones contradictorias, nosotros, disintiendo del autor que nos ha servido de guía en este relato, optamos por la segunda; mas no sin añadir que renunciamos á la esperanza de que se disipen jamás las tinieblas y misterios que envuelven el lamentable fin del hijo de Antonieta. Lo único cierto es que, muerto ó fugitivo, el vástago de tantos reyes, víctima predestinada de la revolución ó de la política, no ha podido encontrar puesto ni en la tumba de sus abuelos ni en el trono de su padre. De lo demás, como probable aventuramos que la vida de este infortunado príncipe, habiendo venido á ser un estorbo para la ambición de su propia familia, se extinguiría en playa ignorada ó en lejana fortaleza, sin dejar otra huella que uno de esos surcos de pálida luz que se escapan del cielo augural de los vagabundos meteoros.

Fáltanos hablar de otra real víctima de la pasión revolucionaria, la víctima por cierto más pura, la más inocente é inofensiva, Isabel, hermana de Luis XVI. Ciertamente que no fué inmolada hasta mil ochocientos noventa y cuatro, pero sus íntimas conexiones con la real familia, de la que fué discreta consejera en la prosperidad y compañera inseparable en la desgracia, le señalan éste como su lugar propio.

Nacida el veintitres de Mayo de mil setecientos sesenta y cuatro, de María Josefina de Sajonia, dulce y piadosa princesa; huérfana en temprana edad; confiada á los cuidados maternos de la señora de Marsan, Isabel, reconcentrada, violenta y con su punto de altanería en los primeros años, reformó y dulcificó estas asperezas de su carácter tan felizmente que no guardó de ellas más que un vivo sentimiento de dignidad, sostenido por la conciencia de su rango y de sus deberes. El ardor de su sangre impetuosa se extinguió al punto que de la llama sólo le quedó un reflejo, que le coloreaba las mejillas con un sonrosado que realzaba su frescura; su piedad se enterneció y humanizó sin perder un ápice de la seriedad y nobleza, y su bondad nativa, habiendo encontrado el verdadero camino en la caridad, se entregó á la práctica de esta virtud con una especie de pasión que le imprimió carácter por todo el resto de su vida. Su rango, su belleza y el involuntario brillo de sus virtudes le valieron sinnúmero de adoradores y pretendientes á su mano, pero Isabel, profesando á su hermano un afecto más que ordinario, no vaciló en sacrificar al cumplimiento de los deberes domésticos de aquél los más seductores acomodos: sacrificio que Luis, después de haberlo combatido noblemente, aceptó con gratitud. Y era tal el prestigio de aquella sabiduría precoz y de aquella virtud ya madura, que Luis XVI, anticipando para su hermana la época habitual de la independencia de las princesas, le puso casa á los catorce años y la dejó desde entonces omnimoda libertad, de la que estaba seguro no había de abusar. Desde este instante, aparece en la corte de Francia como tipo acabado de hija y de hermana de los reyes aquella joven princesa, que ofrecía hermanadas, en con-

traste conmovedor, la autoridad de una razón y de una virtud ya perfectas con las gracias apenas bosquejadas de la mujer, arrancando á los cortesanos de Luis XVI gritos y lágrimas de admiración. Y llegamos al año mil setecientos ochenta y nueve.

A contar de este año, la vida de Isabel fué un no interrumpido sacrificio. Luis XVI pareció presentir todo lo que le debería cuando, al salir un día Isabel para ir á pasar un rato en Saint-Denis con su tía Luisa, le dijo: «Me complace que vayas á ver á nuestra tía, con tal que no la imites abandonándome, porque, Isabel, te necesito.» Necesitaba, en efecto, de ella para que le enseñase á sufrir, por más que ella hubiese preferido enseñarle á reinar. Cuando las vacilaciones y escrúpulos de su hermano no le permitieron desempeñar el papel de ángel inspirador, se resignó á compartir las desgracias que hubiese querido prevenir ó reparar, siendo el ángel guardián y consolador de la monarquía humillada. Los primeros síntomas que anunciaron con bastante anticipación las jornadas de cinco y seis de Octubre, la sorprendieron en *Montreuil*, acariciando en su pequeño palacio de campo las últimas ilusiones y las últimas esperanzas de su vida. Al punto vuela á su puesto de honor y de peligro, que ya no había de abandonar, y después de aquella terrible noche de vigilia y de angustia, que había apurado el valor de los hombres y en la que las mujeres habían dado ejemplo, Isabel, lejos de desesperarse, muéstrase más que nunca inclinada á la resistencia, que legitimaban á la par el derecho de defensa y el de autoridad, y se esfuerza en disuadir á su hermano de volver á París y consumir, por su humillación, la victoria de la demagogía; pero su hermano ordenó lo contrario, é Isabel no supo más que obedecer. Cuando Luis XVI dispuso que sus tías saliesen de Francia, rogó con el mayor encarecimiento á su hermana que las siguiese. «Nunca, contestó ella, sola la muerte me separará de tí.» En el triste viaje á Varennes, en el regreso, más triste aún, en el veinte de Junio, en el diez de Agosto, siempre, la vemos al lado del rey y de la reina, tranquila, digna, casi serena, conteniendo á los asesinos con la mirada y protegiendo á los infantes como especie de ángel de la guarda. Uno de los furiosos invasores del castillo se acerca á Luis XVI blandiendo la pica; el rey, resignado á todo, desprecia el peligro ó no lo ve siquiera; Isabel se arroja, y bajando con suavidad el hierro insolente. «Cuidado, señor, dice, podríais herir á alguien, y luego os pesaría.»

El martirologio del Temple no es para escrito. Faltan palabras para expresar el heroísmo con que aquella mujer soportó sin un suspiro, sin una mirada, sin un gesto de disgusto ni de indignación, los odiosos refinamientos de aquel largo suplicio. Una oración escrita de su puño en el Temple, explica, mejor que cuanto pudiéramos decir, el prodigio de su rara abnegación.

«¿Qué me sucederá hoy, Dios mío? No lo sé; sólo sé que no me sucederá nada que tú no hayas previsto, regulado, querido y ordenado desde la eternidad, y esto me basta. Yo adoro tus designios eternos é impenetrables; yo me someto á ellos con todo mi cora-